

Ideas & Debates

La DC chilena -al contrario que en otros países- se sumó a la centroizquierda. Esa peculiaridad no debería ser obstáculo para desempeñar su rol articulador, pero implica tener un partido vigoroso y que, para seguir en el centro, presione internamente hacia la derecha”.

¿La derecha de la izquierda?

A raíz de ciertos hechos que son de conocimiento público, en los últimos días he sostenido una posición de minoría. Consciente de los costos que eso trae, voy a reincidir, a propósito de los comentarios que hiciera Jorge Burgos con motivo del lanzamiento del libro póstumo de Edgardo Boeninger.

Sostuvo el diputado falangista que “la Democracia Cristiana debe retomar el centro político de manera clara y sin complejos”. Tal afirmación, entre otras, le valió la velada crítica de varios dirigentes concertacionistas, incluidos algunos de sus camaradas, que no vieron con buenos ojos que esta declaración, leída a la ligera, pudiera parecer disonante con la estrategia político-electoral del comando de Eduardo Frei.

Partamos por lo obvio. Es un hecho evidente que los ejes ideológicos fundamentales de nuestro debate público han experimentado una suerte de desplazamiento hacia la izquierda. El ejemplo más paradigmático de esta cuestión es el renovado y brioso entusiasmo con el que la oposición ha querido hacer suyo el concepto de la protección social. Sin ir más lejos, para señalar otro episodio reciente, la respuesta que brindara Piñera en el debate presidencial, con motivo de las

cuestiones que atañen a los bancos y el sistema financiero, fue un claro ejemplo de cómo se abandonan los tradicionales tópicos de la centro-derecha, como consecuencia de cierto complejo vergonzante.

Si efectivamente se trata de un fenómeno más general, donde se ha “corregido” la orientación de las fuerzas políticas en su conjunto, no es de extrañar, entonces, que también tenga implicancias respecto de la DC. Sin ir más lejos, el centro político no existe como un territorio de coordenadas estáticas, sino más bien lo representamos como aquel espacio equidistante de los extremos.

Puestas así las cosas, sospecho que las aprensiones de Burgos discurren por un derrotero distinto, más bien estratégico, y que se refiere a la menor capacidad que hoy tiene la DC para articular los intereses y las visiones políticas en disputa. Dicho de otra manera, constata el debilitamiento de la falange en torno a su rol histórico en la construcción de acuerdos que garantizan mayor gobernabilidad.

Desde esta segunda perspectiva, y no necesariamente desde la primera, es que la izquierdización de la DC amenaza no sólo su protagonismo político particular, sino la viabi-

lidad de la Concertación en general. Como consecuencia propia del buen gobierno y el sistema democrático, toda la evidencia comparada muestra que los partidos políticos tienden a aglutinarse en dos grandes coaliciones que se disputan la mayoría de las preferencias ciudadanas.

Por razones justificadas, cuyos detalles no me es posible desarrollar en esta columna, la DC chilena -contrario a lo que sucede en buena parte del mundo- optó por sumarse a una coalición de centroizquierda. Sin embargo, esa peculiaridad no debería ser obstáculo para desempeñar este rol articulador en el que vengo insistiendo; lo que, sin embargo, implica tener un partido vigoroso, que sirva de ancla y que incluso para mantenerse en el centro -si se me permite la expresión- deba presionar internamente hacia la derecha.

Dicho de una forma más gráfica, así como en buena parte del planeta la DC ha optado por ser “la izquierda de la derecha” -pienso en Alemania o España, por ejemplo-, eso resulta estratégicamente equivalente a pretender ser “la derecha de la izquierda”. Sin embargo, para cumplir con éxito dicho objetivo se requiere de un conjunto de ideas propias y distintivas, en cuya defensa deben superarse ciertos complejos, tanto éticos como estéticos.



Jorge Navarrete P.

Abogado